

Las paradojas del populismo

El populismo deviene lisa y llanamente clientelismo, puesto que todo individuo depende del partido populista para progresar ordenada y sosteniblemente

Victor Manuel Arbeloa



ESmuy antiguo el populismo. Podríamos decir que no ha habido en la historia del mundo movimiento, colectivo, grupo social, partido... de cierta importancia, que no haya tenido, en uno u otro momento, de una forma u otra, tintes o puntas de populismo. Todos los partidos "únicos" lo han sido y lo son, y todos los partidos exacerbadamente nacionalistas también.

Los nuevos actuales populismos suelen ser descritos como marcas ideológicas, que oponen a ciertos grupos, partidos o gobiernos tradicionales -a los que suelen tachar de corruptos o de traidores (banda, casta, régimen...)- el genuino, puro y verdadero pueblo, que ellos vienen a instaurar, renovar o defender, y, en cualquier caso, representar.

Se suele repetir que la actual globalización, fenómeno mundial muy reciente, montado sobre el mercado y la mercadotecnia, ha fomentado y extendido la ideología populista, que le contraponen nuevas claves de comprensión de la realidad. En unos casos, la tradición y los valores de pertenencia local y nacional; y en otros, una nueva praxis de libertad y democracia, liberada de los mitos neoliberales, que configuran al ciudadano/cliente, consumidor pasivo de todo, hasta de la política.

Todo populismo, con régimen

totalitario o no, apela a una nueva democracia, la de la gente común, más cercana a las necesidades cotidianas, pero al mismo tiempo tiende, doctrinalmente al menos, a un enconado "antipluralismo", ya que aspira a representar a todo el pueblo, visto como totalidad homogénea; a defender y a promover la verdadera y única identidad de su pueblo.

Tan identificado se siente el partido populista con ese pueblo y el pueblo con ese partido, ya en la versión patriótica nacional, ya en la versión social de clase, que el populismo deviene lisa y llanamente clientelismo, puesto que todo individuo depende del partido populista para progresar ordenada y sosteniblemente.

Para todo ello es indispensable un fuerte, y a veces un total, liderazgo. No hay populismo sin un líder máximo; oficialmente, amado, admirado y obedecido: César, caudillo, conductor, guía indiscutible.

Claro que el populismo es mucho más que una protesta esporádica o sistemática contra la corrupción o la ineptitud de los Estados, de los gobiernos o de los partidos. El populismo surge casi siempre en un clima de miedo o de inseguridad. El miedo es parte integral, existencial, del ser humano, que sólo puede desaparecer con una recia dosis de confianza que lo destruya o lo supere.

Suelen ser tiempos de guerras, posguerras, crisis y calamidades públicas. También en tiempos, como el nuestro, de desarraigo comunal, libertades confusas y fuer-

tes desigualdades. Cuando el centro político y las llamadas clases medias menguan y son reemplazadas por grupos más ricos, de un lado, y más pobres, del otro. Cuando comunidades rurales enteras y poblaciones pequeñas huyen hacia las grandes y prósperas conurbaciones, donde todo aislamiento y desazón tiene su asiento. Cuando las crisis políticas, económicas y culturales vienen acompañadas por oleadas de refugiados e inmigrantes del llamado Tercer Mundo, que provocan en unos el temor y rechazo al otro-diferente, desconocido y pobre, mientras propician en todos la ocasión demagógica y pintiparada para subvertir el orden tradicional y hacerse más fácilmente con el poder.

Con su habitual irritabilidad y poder de seducción los populistas, a través mayormente del dominio de la televisión y las redes sociales, exasperan los ánimos, amplifican el malestar popular, exageran los datos más sensibles y fomentan el resentimiento de la gente, bomba de relojería donde las haya. Con toda laya de sofismas y embelecos, que ya el filósofo franciscano del siglo XIII, Roger Bacon, resumía en "el ejercicio de la autoridad frágil e indigna; el hábito arraigado; la opinión de la muchedumbre ignorante y el encubrimiento de la propia ignorancia, junto con una muestra de sabiduría aparente". Que no buscan ni de lejos la verdad, la justicia y la moralidad, sino impresionar al pueblo y ganarse su favor a cualquier precio. Con los listiguillos de moda y toda clase de argucias agresivas y resonantes, "ad hominem" y "ad populum".

El populismo, en fin, llámese de extrema izquierda o derecha (¡tan parecidos!), es un centón de errores, contradicciones, paradojas y malas prácticas en los ámbitos complejos de la lógica, la educación, la ética, la religión, la neurología, la sociología y la política. No hay una única receta contra él.

Victor Manuel Arbeloa Muru Escritor

